



Antes de que todo colapse

Una guía sencilla para hallar
la paz en un mundo frenético

Detén tu carrera por un solo minuto

Este cuadernillo no está aquí para decirte en qué debes creer, sino para entregarte el mapa que el mundo extravió en medio de su bullicio incesante.

Un mapa que restablece tu conexión directa con el Origen del universo, sin intermediarios y sin temor.





Antes de comenzar...

Permíteme hacerte una pregunta:

¿Qué es lo que más busca el ser humano?

Tal vez respondas: la felicidad, el dinero, el éxito, el amor o la libertad.

Pero, ¿acaso no son todos estos meros medios a través de los cuales el ser humano busca algo mucho más profundo?

Busca seguridad...

Busca un sentido trascendente...

Y una certeza en la que el corazón halle reposo al enfrentar la enfermedad, la pérdida, la muerte o aquellas preguntas existenciales que la razón por sí sola no puede resolver.

Quizá por ello una misma pregunta ha acompañado a la humanidad a través de los siglos:

¿Existe alguien en quien apoyarme cuando mis fuerzas se agotan por completo?

Este libro no te exige que creas antes de pensar,

ni te pide que anules tu intelecto.

Más bien te invita a contemplar la vida de un hombre que cambió el rumbo de la historia humana, para luego preguntarte: ¿De dónde obtuvo semejante serenidad inquebrantable?

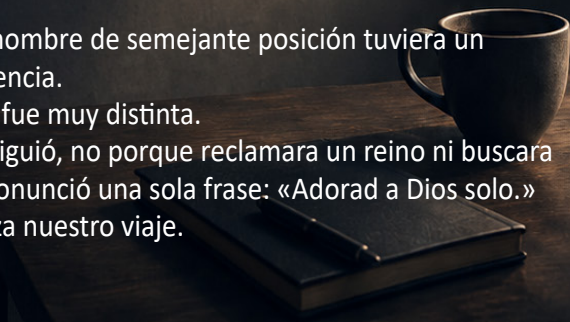
¿Cómo se mantuvo firme en medio de las pruebas más duras?

¿Por qué el poder nunca lo corrompió, el dolor nunca lo destruyó y jamás invitó a la gente a venerarlo a él, sino únicamente a glorificar a Dios solo?

Podrías esperar que un hombre de semejante posición tuviera un ejército, riquezas o influencia.

Sin embargo, la realidad fue muy distinta.

Su propio pueblo lo persiguió, no porque reclamara un reino ni buscara riquezas, sino porque pronunció una sola frase: «Adorad a Dios solo.» Y es aquí donde comienza nuestro viaje.



Dentro de la cueva

Donde cayeron
todas las leyes del miedo





Dentro de la cueva

Donde cayeron todas las leyes del miedo

¿Puede una sola idea aterrorizar a una nación entera?

No porque promueva la violencia...

Ni porque prometa riquezas materiales...

Sino porque sacude los cimientos mismos sobre los cuales la gente ha estructurado toda su vida.

Hace más de catorce siglos, La Meca era una ciudad repleta de ídolos, cuya posición religiosa y económica dependía del servicio rendido a esas deidades adoradas por las tribus árabes.

En medio de ese mundo, se levantó un hombre sin blandir espada alguna, portando una pregunta sencilla pero profunda:

¿Por qué adoran aquello que no oye, no ve y no puede beneficiarlos ni perjudicarlos?

Luego los llamó a una verdad indiscutible: que solo Dios es digno de adoración.

No era una simple teoría novedosa; tambaleó un sistema entero. Por eso, los hombres de Quraysh no salieron esa noche en busca de un criminal, ni tras el comandante de un ejército rival.

Salieron a cazar a un hombre que buscaba emancipar al ser humano de la servidumbre a todo... excepto a Dios.



Sabían que su salida de La Meca no sería una simple migración, sino el amanecer de una nueva era cuyos ecos trascenderían la península arábiga. Por ello, a sus ojos, este mensaje debía ser sofocado antes de comenzar su andadura.

Una noche densa envolvía las montañas de La Meca. El aire estaba inmóvil. Las rocas silenciosas ocultaban una historia que cambiaría el mundo. En una pequeña cueva, en la que apenas cabían dos hombres, los pasos afuera se aproximaban. Se acercaron tanto que quedaron situados justo encima de la entrada.

En ese instante crítico, su leal compañero susurró: «Si alguno de ellos mirara simplemente hacia sus pies, nos vería.»

Es una frase que cualquier persona pronunciaría en tal trance. El peligro era inminente, los perseguidores estaban a escasos centímetros y una sola mirada los separaba de la captura o la muerte.

Sin embargo, la respuesta no fue la de un hombre fingiendo valentía, ni un intento superficial de levantar el ánimo de su compañero. Fue el reflejo natural de lo que colmaba su corazón desde hacía años.

Dijo: «¿Qué opinas de dos con quienes Dios es su tercero?»

La Revelación inmortalizó aquel momento con palabras que se recitan hasta el día de hoy:

«...estando en la caverna con su compañero [Abu Báker][1], le dijo:

“No te entristezcas, pues Dios está con nosotros”. “»

[Corán 9:40]



Detén-te aquí un instante...

Intenta olvidar por un momento que estás leyendo sobre un profeta. Observa la escena como si contemplaras a un ser humano ordinario.

La muerte está a un paso... Todos los factores materiales apuntan hacia un desenlace fatal. Y aun así...

No se derrumba. No entra en pánico. No pierde su serenidad interior.

¿Por qué? Alguien podría decir: porque era valiente. Pero la simple valentía no engendra semejante paz. Otro diría: porque era optimista. Pero el optimismo ingenuo se desvanece cuando el peligro mortal está frente a tus ojos.

Había algo mucho más profundo que el coraje y más poderoso que el optimismo: había Certeza (Yaqeen).

Y la certeza auténtica no nace de la seguridad material, sino del conocimiento de Aquel en Cuyas manos reside toda seguridad.

Aquí llegamos a la noción fundamental que nos acompañará en cada página de este libro:

Tawhid (Monoteísmo puro).

Algunos piensan que Tawhid significa simplemente creer en la existencia de un Creador. Pero la visión islámica va mucho más allá. Muchas civilizaciones creyeron en un Creador, y sin embargo Le asociaron otras divinidades o interpusieron intermediarios entre Él y ellos.



El Tawhid proclamado por Muhammad ﷺ significa que Dios es el único Creador, Soberano, Sustentador y el Único digno de toda adoración. Implica que el corazón depende de manera absoluta solo de Él, no teme con reverencia a nadie salvo a Él, y no deposita su esperanza plena sino en Él.

Por esta razón, Muhammad ﷺ nunca descuidó los medios materiales. Planificó meticulosamente su emigración. Escogió una ruta inusual. Contrató a un guía experto en el desierto. Se ocultó en la cueva. Pero tras agotar todo lo humanamente posible, encomendó lo que superaba las fuerzas humanas a Dios.

Aquí radica la inmensa diferencia entre quien depende de las circunstancias y quien depende del Señor de las circunstancias. El primero se derrumba si sus cálculos fallan; el segundo permanece inmutable, sabiendo que las causas no actúan por sí mismas, sino por el permiso de su Creador.

Tal vez por ello un hombre perseguido, sin ejército ni reino terrenal, salió de aquella cueva para fundar una fe que guiaría a la humanidad de las tinieblas a la luz. El secreto no residía en las armas, ni en los números, ni en el dinero, sino en un corazón colmado del conocimiento de Dios.

Antes de pasar la página, hazte una pregunta: Si la doctrina del Tawhid forjó semejante paz en los momentos más oscuros de la vida de Muhammad ﷺ... ¿qué podría lograr en la vida de alguien que hoy busca un sentido, una certeza y una paz que las circunstancias no le pueden dar?

El hombre que vendió el mundo para encontrar a Dios





El hombre que

vendió el mundo para encontrar a Dios

Algunos viajes comienzan con un paso. Otros... comienzan con una pregunta.

Era un joven que vivía en Persia. Creció en un hogar acomodado donde su padre lo amaba intensamente, hasta el punto de sobreprotegerlo del mundo exterior. Lo educó en la religión de su pueblo y lo puso al cuidado del fuego sagrado que adoraban en lugar de Dios.

Su vida parecía exteriormente estable y colmada de comodidades.

Un día, al pasar cerca de un lugar no planificado, escuchó sonidos singulares. No eran cantos de fiesta ni el bullicio del mercado, sino las voces de personas en oración.

Se detuvo ante la puerta. No los conocía ni sabía de su religión, pero sintió que allí había algo profundamente distinto. Entró, observó con atención y salió diciéndose a sí mismo: «¡Por Dios! Esto es mucho mejor que la religión que profesamos.»

Aún no conocía el destino final de su búsqueda, pero comenzó a hacer lo que tanta gente teme: comenzó a cuestionar.

Cuando su padre supo lo ocurrido, el temor se apoderó de él. Encerró a su hijo en la casa y lo ató con cadenas, pensando que los grilletes podían frenar la búsqueda de la verdad. Pero las cadenas pueden aprisionar el cuerpo; jamás podrán encadenar al corazón.



Salman huyó. Dejó atrás su hogar, sus riquezas y su patria. Viajó de maestro en maestro, de país en país, aprendiendo de cada sabio piadoso que hallaba en el camino. Cada vez que un maestro agonizaba, le pedía consejo sobre a quién acudir después... Pasaron décadas en una travesía de final incierto.

No buscaba comercio, ni prestigio social, ni una nueva patria: buscaba a Dios.

Cuando la muerte alcanzó al último de los hombres piadosos que acompañó, este le dijo:

«Ha llegado la época en que aparecerá un Profeta enviado con la religión monoteísta pura de Abraham. Emigrará a una tierra entre dos llanuras volcánicas, repleta de palmeras. Acepta regalos pero no consume caridad, y entre sus hombros lleva el Sello de la Profecía.»

Salman se aferró con fuerza a estas palabras. Pero el destino le deparó una dura prueba: fue traicionado por unos viajeros y vendido como esclavo. Terminó en Medina, sometido a servidumbre y sin poseer nada propio.

Cualquiera pensaría que su búsqueda había fracasado allí, pero Dios lo estaba conduciendo exactamente hacia el momento por el que había partido años atrás.



Cierto día, escuchó a un hombre decir:

«¡Ha llegado a Quba un hombre que afirma ser profeta!» El mundo se detuvo ante los ojos de Salman. Se apresuró con lo poco que pudo conseguir, llevó algo de comida ante Muhammad ﷺ y le dijo: «Esto es caridad.»

El Profeta ﷺ miró a sus compañeros y les dijo: «Comed», sin probarlo él mismo.

Salman regresó al día siguiente con más alimentos y dijo: «Esto es un regalo.» El Profeta ﷺ comió de él e invitó a sus compañeros.

Solo restaba una señal definitiva. Salman se situó detrás de él; el Profeta ﷺ comprendió al instante lo que buscaba y apartó ligeramente su manto, revelando el Sello de la Profecía entre sus hombros.

Conmovido hasta las lágrimas, Salman se abalanzó sobre él, besando aquel signo sagrado y llorando de emoción. La larga travesía había culminado... había arribado a la auténtica orilla de la paz.

Deténte un instante y reflexiona

¿Qué impulsa a un hombre a abandonar su patria,
renunciar a su posición y soportar la esclavitud,
el destierro y décadas de penurias? ¿Por qué motivo?
Si hubiera buscado ganancias terrenales,
habría regresado al inicio del camino.
Pero buscaba algo que el dinero no puede comprar:
buscaba la Verdad, buscaba el Tawhid.





Así comprendemos el primer lema que Muhammad ﷺ proclamó al iniciar su misión. No dijo a su pueblo: «Enriqueceos», ni «Construid un imperio», ni «Buscad el poder político».

Proclamó con firmeza:

«¡Oh gente! Decid: “No hay más divinidad que Dios”
(La ilaha illa Allah), y triunfaréis.»

Su llamado al Monoteísmo fue ante todo una emancipación del corazón humano. El ser humano no puede vivir sin adorar; si no orienta su corazón hacia Dios, lo dirigirá hacia otra cosa: una piedra, el dinero, un mortal, las pasiones o la fama.

El Islam no vino a añadir una deidad más a la vida del hombre, sino a liberar su corazón de todo aquello que compite con Dios.

«Di [¡Oh, Mujámmad!]: “¡Oh, gente! Soy el Mensajero de Dios para todos ustedes. A Él pertenece el reino de los cielos y de la Tierra, nada ni nadie merece ser adorado salvo Él, da la vida y la muerte”. Crean en Dios y en Su Mensajero y Profeta iletrado que cree en Dios y en Sus palabras, síganlo, pues así estarán bien guiados.» [Corán 7:158]

«No envié en el pasado a ningún Mensajero, excepto que recibiera la misma revelación que tú: “Nada ni nadie merece ser adorado excepto Yo, ¡Adórenme solo a Mí!”» [Corán 21:25]



Salman salió de su hogar buscando a Dios, y halló a un Profeta que no invitaba a su propia persona, sino que guiaba directamente hacia su Señor. Esta fue la prueba más evidente de la veracidad de Muhammad ﷺ: todo aquel que se acercó a él salió con su corazón más apegado a Dios, no a Muhammad ﷺ mismo.

Una verdad eterna:

Apegar tu corazón a lo perecedero lo sume en una angustia y un dolor constantes. Apegar tu corazón a Dios, el Único y Supremo, hace que tu cuerpo camine sobre la tierra mientras tu alma habita en la paz de los cielos.

¿Por qué no permitió
que la gente se apegara
a su persona?



¿Por qué no permitió que la gente se apegara a su persona?

A lo largo de la historia surgen líderes carismáticos: las masas se congregan en torno a ellos y, con el tiempo, la idea original se desvanece mientras la persona se convierte en el centro exclusivo. La gente habla más del hombre que de los principios que enseñó, llegando a creer que la cercanía al líder es más importante que la verdad misma.

Tras años de misión, Muhammad ﷺ ya no era el hombre solitario que recorría los senderos de La Meca. Estaba rodeado de hombres y mujeres que lo amaban con devoción sincera, dispuestos a dar la vida por su causa. Habría sido muy fácil permitir que semejante amor derivara en una veneración desmedida o en un culto a la personalidad. Sin embargo, ocurrió exactamente lo contrario: cuanto más ascendía su estatus en los corazones, con mayor ímpetu reorientaba esos corazones hacia Dios solo.

Un día, reunido con sus compañeros, el Profeta les advirtió con firmeza. No les dijo: «Glorificadme», ni «Poned mi nombre por encima de todo». Les advirtió: «No me elogiéis desmedidamente como los cristianos elogiaron al hijo de María. Yo solo soy un siervo, así que decid:

“El siervo de Dios y Su Mensajero.”»

[Transmitido por al-Bujari]





Son las palabras de un hombre profundamente preocupado por las almas, temeroso de que el afecto se torne en adoración y la admiración en idolatría. Los devolvió a la realidad esencial con una sola afirmación: «Yo solo soy un siervo.»

No fue una postura aislada, sino una constante metodología divina. El Corán le ordenó declarar abiertamente:

« Diles: “Yo no soy más que un hombre a quien se le ha revelado que solo deben adorar a Dios, su única divinidad...” »

[Corán 18:110]

Contempla la estructura de este versículo: no inicia con milagros ni con títulos de realeza, sino afirmando su naturaleza humana: «Yo no soy más que un hombre » Luego viene la misión divina: «a quien se le ha revelado», y finalmente el propósito supremo: «que vuestro Dios es un Dios Único.» Toda la misión consistía en no atar los corazones a Muhammad, sino ligarlos eternamente a Dios.

El Corán incluso le mandó proclamar algo que asombra a quienes suponen que los líderes religiosos buscan poder personal:

«Diles [¡Oh, Mujámmad!]: “No poseo ningún poder para beneficiarme ni perjudicarme a mí mismo, salvo lo que Dios quiera” »

[Corán 7:188]



¡Qué sorprendentes son estas palabras!

¿Qué líder en la historia se preocupa por que la gente lo vea como alguien fuerte, capaz y con poder?

Pero Muhammad ﷺ...

Él proclamaba que su beneficio y su perjuicio estaban en manos de Allah. No temía que la gente conociera su verdadera condición, porque la grandeza de su mensaje no se basaba en engrandecerse a sí mismo, sino en glorificar a su Señor.

No fue para reclutar a
un seguidor

رسالة الله



No fue para reclutar a un seguidor

La autenticidad de una persona no se demuestra únicamente ante las multitudes, sino en los momentos íntimos donde nadie observa.

Imagina una pequeña ciudad. En una humilde casa, un joven yace enfermo en cama. La debilidad ha agotado su cuerpo y no sabe si llegará a ver un nuevo amanecer.

Este muchacho no era un seguidor de Muhammad ﷺ; era un joven judío, sin fortuna, sin peso político ni estatus relevante en la sociedad. Si fallece, nada cambiaría en la ciudad. Y sin embargo, ocurrió algo insólito:

Aquel hombre cuyo nombre ya era respetado en toda la región dejó sus quehaceres y fue a visitarlo, sentándose junto a su cabecera.



Deténte un instante y piensa:

Si fueras un líder seguido por miles,
¿a quién dedicarías tu valioso tiempo?

¿A los influyentes?

¿A los notables?

¿A los ricos?

¿O a un joven enfermo y desconocido?

Muhammad ﷺ se sentó pacíficamente junto al muchacho.

No le recriminó nada, no lo atacó por su religión ni le dijo:

«Has estado equivocado toda tu vida.»

Tan solo le transmitió una palabra serena, breve y profunda:

«Abraza el Islam.»



El joven miró a su padre en un emotivo silencio. El padre, conmovido por tanta nobleza, le dijo: «Obedece a Abu al-Qasim (Muhammad).»

El muchacho aceptó el Islam. El Profeta ﷺ se levantó emocionado y declaró:

«¡Alabado sea Dios que lo ha salvado del Fuego!»

[Transmitido por al-Bujari]

¿Por qué fue a verlo en primer lugar? ¿Qué beneficio terrenal obtenía? El muchacho no era comandante, ni acaudalado, ni aportaría poder estratégico a la comunidad. ¿Por qué ese interés tan sincero?

Porque en la balanza del Islam, el valor del ser humano no se mide por lo que posee, ni por su linaje, sino por su alma. Un alma creada para conocer a su Creador. Muhammad ﷺ no coleccionaba partidarios políticos; buscaba al ser humano. Veía en cada persona un alma digna de ser guiada hacia su Señor, no sometida a su persona.

Si hubiera querido construir un imperio propio, habría atado a la gente a su figura. Pero cuanto más se acercaban a él, más los orientaba hacia Dios. Por ello, el lema con el que inició su prédica fue el mismo con el que culminó su vida terrenal: que solo Dios sea adorado.

La fe en el Islam no se impone por la fuerza. Los corazones no se abren con llaves de violencia; se abren cuando contemplan la verdad y la eligen en plena libertad:

«No se puede forzar a nadie a creer en la religión:
la verdad es claramente distinguible de la falsedad[»

[Corán 2:256]

**Cuando no
pudo cambiar
lo inevitable**





Cuando no pudo cambiar lo inevitable

Hay momentos en la vida donde el poder, el dinero, la inteligencia y la posición social resultan completamente inútiles. Por más influyente que seas, llegará una hora en la que te encontrarás impotente, presenciando lo inevitable ante tus propios ojos.

Quizá por eso la muerte es la prueba que mejor revela la verdad humana: ante la pérdida irreversible, caen las máscaras y solo permanece lo que verdaderamente habita en el corazón.

Un niño reposaba en los brazos de su padre. Un cuerpo frágil cuyas respiraciones se espaciaban poco a poco. Ningún ejército podía frenar la muerte, ningún médico podía concederle más tiempo y ninguna gesta histórica podía evitar ese doloroso trance.

El padre lo miraba con ternura, sin poder hacer más que abrazarlo fuertemente... hasta que su respiración cesó. Ibrahim había partido.

Los compañeros miraron a Muhammad ﷺ y vieron sus ojos inundados de lágrimas. Algunos quizá se asombraron: ¿Acaso no es él quien posee la mayor certeza? ¿No es el Mensajero de Dios? ¿Cómo es que llora?

Sin embargo, él no reprimió sus lágrimas, ni fingió una fría insensibilidad, ni afirmó jamás que la fe consistiera en no sentir tristeza. Más bien pronunció palabras de sublime equilibrio:

“«Los ojos lloran y el corazón se entristece, pero no decimos sino aquello que complace a nuestro Señor. Y ciertamente, por tu partida, ¡oh Ibrahim!, estamos profundamente apenados.»



Medita en estas palabras: no dijo «Yo no sufro», ni «El creyente no llora». Reconoció el dolor humano con total sinceridad: los ojos derraman lágrimas, el corazón se aflige. Pero la lengua y el corazón permanecen firmes: «No decimos sino aquello que complace a nuestro Señor.»

Esto revela la abismal diferencia entre dos formas de entender la existencia: aquel que al perder algo pierde todo sentido y clama con ira: «¿Por qué a mí? ¿Por qué ocurrió esto? ¿Dónde está la justicia?» Y aquel que llora y sufre intensamente, pero jamás pierde la certeza de que tras aquello que la mente no comprende existe una sabiduría infinita conocida solo por Dios.

El Tawhid no promete que no experimentarás dolor en este mundo, pero te otorga algo infinitamente superior: le otorga al dolor un sentido supremo. El ser humano puede soportar inmensas pruebas cuando comprende que no son absurdas. Por ello, el Corán enseña al creyente a proclamar ante el primer impacto:

«Aquellos que cuando les alcanza una desgracia dicen: “De Dios somos, y a Él retornaremos [para que nos juzgue por nuestras acciones]”.»
[Corán 2:156]

No son meras palabras protocolares de pésame; son una declaración que transforma la perspectiva ante la vida entera: Yo no me pertenezco a mí mismo, ni aquellos a quienes amo me pertenecen. Todos retornaremos a Aquel que nos creó.

Aquí reside uno de los más grandes secretos de la paz interior que vivió Muhammad ﷺ.



Amó profundamente, lloró la pérdida de sus seres queridos y sintió pesar como cualquier ser humano, pero jamás permitió que su corazón se apegara a criatura alguna por encima de su apego a Dios. Vio morir a sus hijos pequeños, perdió a su esposa, vio caer a sus más leales compañeros, y aun así fue el hombre más sonriente, de corazón más compasivo y alma más generosa.

Toda persona se enfrentará algún día a una situación que no puede cambiar:

- enfermedad
- ausencia
- pérdida,
- o muerte.

En esa hora decisiva, la pregunta no será: ¿Cuán poderoso fuiste?
Sino que la gran pregunta será: ¿A Quién acudió tu corazón cuando todos los medios humanos fracasaron?

«...Es posible que les disguste algo y sea un bien para ustedes,
y es posible que amen algo y sea un mal para ustedes.

Dios conoce [todo], pero ustedes no.»

[Corán 2:216]

Basta al ser humano saber que Aquel que lo ama más que su propio padre y madre es Quien rige su destino.

Si la vida no puede garantizarte que nunca romperá tu corazón...

¿qué puede darte la fuerza para seguir adelante?

Quizá la respuesta no radique en que las dificultades
desaparezcan mágicamente,

sino en saber Quién está contigo cuando se presentan.



No estás viviendo realmente

solo estás corriendo para sobrevivir!
En medio del engaño de las pantallas y de la presión de un sistema materialista que agota tu alma, existe una sed interior de seguridad que el lujo mundano jamás podrá saciar.
Este cuadernillo es una «Salida del Sistema».
No es un sermón,
sino el código de una liberación absoluta.
Un recorrido relámpago por la vida de un hombre que afrontó la pérdida,
la persecución y los conflictos con una sobrecogedora paz espiritual que ningún imperio llegó a poseer;
sencillamente porque rompió todo intermediario y se conectó directamente con la Fuente.
La verdad no necesita tiempo para comprenderse;
solo requiere el valor de ser descubierta.

Deja atrás la carrera del mundo...
abre estas páginas y respira.



rasoulallah.net